

LA NARRATIVA DE FICCIÓN CHINA: EL GÉNERO *GONGÁN* DE CRIMEN Y DETECCIÓN

JOHN PAGE
El Colegio de México

LA LITERATURA TRADICIONAL CHINA de crimen y detección comprende el teatro de juzgado, *gongán zaju*, y los cuentos de juzgado, *gongán xiaoshuo*. Ambos surgen junto con otros en lengua vernácula durante la dinastía Tang (618-906), se desarrollan en la dinastía Song (960-1279), el cuento y el teatro florecen durante la dinastía Yuan (1260-1368) y el cuento se consolida en la dinastía Ming (1368-1644), y sigue cultivándose en la dinastía Qing. No es sino hasta el siglo XX cuando se empiezan a escribir novelas policiacas en el sentido occidental del término y seguramente con esa influencia.

El personaje central y crucial para clasificar una obra como *gongán* es aquel que se sienta detrás de la mesa (*an*) pública (*gong*) y ante quien se lleva a cabo una audiencia pública. Dependiendo de su nivel en el escalafón burocrático chino —magistrado de distrito, prefecto, intendente, u otro de mayor jerarquía— este funcionario tenía más atributos que los puramente judiciales y podía legalmente investigar, enjuiciar, adjudicar, sentenciar y bajo ciertas condiciones hasta hacer ejecutar una sentencia de muerte dictada por él. Era, pues, más que un funcionario o investigador policial y más que un juez de primera instancia, por lo que se distingue de cualquier detective en la literatura occidental. Sin embargo, se asemeja a la manifestación más pura del detective inglés en el hecho de ser un amateur.

La entrada a la burocracia china tradicional requería de un estudio profundo del canon confuciano: los clásicos de poesía, historia y filosofía. El candidato iba pasando por los

tres niveles de exámenes imperiales para llegar a obtener, la mayoría de las veces, el nombramiento de magistrado de distrito o *zhixian*, literalmente el "conocedor del distrito". Éste era el cargo de administrador de la circunscripción más pequeña contemplada por la burocracia central china la cual, dependiendo de la época, abarcaba una población de alrededor de 25 000 habitantes. El magistrado era responsable del orden público, de los exámenes distritales, de la recaudación y envío de impuestos en metálico y especie, de las obras públicas e hidráulicas, del cumplimiento de los ritos confucianos, etc., todo según la época y la región que le correspondiera. Estos poderes amplios del magistrado, tanto administrativos como judiciales, políticos y sociales, eran limitados por la costumbre, por la estructura de poder, por los ex funcionarios locales, letrados confucianos como él, y por el sistema de inspección, revisión y apelación de la lejana burocracia central de la que dependía. Si el magistrado era un hombre honrado, inteligente y humanitario lo veneraban como el padre del distrito a su cargo. Si era deshonesto, estúpido o cruel, o arrastraba todas esas lacras juntas, lo soportaban como otro de los tantos desastres a los que han sobrevivido los chinos durante milenios, como los terremotos, las inundaciones, las hambrunas, las guerras y los impuestos. Entre esos dos extremos existían en la realidad y sobreviven en la literatura tantas variantes como puedan imaginarse.

Alrededor del magistrado hervía una turba de secretarios, escribanos, rufianes, celadores, soplones y otros personajes, útiles o superfluos, que medraban a la sombra del poder. Entre ellos siempre había algunos que eran de la confianza del magistrado y que le servían de algo así como policías y detectives. Todos éstos, junto con el magistrado, son personajes medulares en la literatura *gongán* y le servían al escritor como recurso para la crítica social y también para poner en evidencia una veta humorística que llega a veces a la farsa. Tanto en el cuento como en el teatro *gongán* se dibujan toda suerte de abusos humanos y burocrático-judiciales. Además, hay que recordar que la justicia china descansaba en la tortura como medio de extraer la información o la confesión que las autoridades deseaban, y que podían resultar en

una condena a muerte sin posibilidad de revisión o apelación.

A pesar de que el cargo era susceptible de que lo ejercieran individuos poco dotados o de carácter menos que encomiable, existía para apoyo e instrucción del magistrado novel o perplejo todo un acervo de memorias escritas por generaciones de funcionarios letrados. De esas memorias y de algunos manuales escritos también por los que habían ejercido el cargo se podía extraer una guía sustancial para el desempeño del mismo. Los manuales, sobre todo, ofrecían información de una manera organizada y accesible, incluso en materia de medicina forense, que versaba directamente sobre la función judicial del magistrado.

Salvo contadísimas excepciones, el lector o el público de la literatura *gongán* jamás se entera de la identidad del asesino al comienzo de la obra. Ésta no es un “who done it?”, y la tensión dramática no parte de la urgencia del público por saber quién fue el asesino, sino de su angustia para que se haga justicia a la víctima, al injustamente inculpado del crimen, si lo hay, y a los inicuos criminales. El juez corrupto, cínico o inepto constituye un factor de frustración para el lector o el público y es otro elemento que debe desenredar y castigar al juez detective, quien invariablemente hace justicia plena al final de la obra. En el contexto de la tensión dramática, cabe señalar que el proceso de detección que lleva a cabo el juez justiciero también está sujeto a veces a equívocos y enredos, pero éstos no son más que recursos para atormentar al lector o al público, pues siempre tiene éxito en la detección y hace justicia exonerando a los inocentes y castigando a los culpables.

Su desempeño como detective puede reducirse a un golpe de intuición mientras se encuentra sentado en su *yamen* en la cabecera del distrito, mientras que el resto del proceso se sujeta a una narración corta y sin detalles. O bien, puede ser que actúe como un verdadero detective saliendo de incógnito a codearse con sospechosos y testigos, interrogándolos en el lugar de los hechos y arriesgando su propia seguridad. Pero tarde o temprano, el juez detective establece su *gongán* en alguna parte para esclarecer el caso, enjuiciar y dictar sentencia en una audiencia formal. Las obras más completas terminan con el texto amplio de esa decisión y de sus fundamentos.

Hay otro elemento que distingue el género *gongán* de sus semejantes en el resto del mundo: en muchos cuentos y obras lo sobrenatural interviene de manera decisiva. Su manifestación más usual es el alma de la víctima, sea de un crimen violento o de un proceso injusto. Muchas veces esta alma inquieta se materializa para influir al juez o para conseguir el apoyo de algún ser viviente a fin de que éste ayude al juez a desentrañar el crimen, o para dejar pistas o dirigir de alguna manera la investigación. Otra modalidad de la presencia de lo sobrenatural es la manipulación que hace el magistrado de la credulidad de los sospechosos y testigos a quienes engaña o asusta para así extraer de ellos la información o la confesión que busca.

El elemento sobrenatural vincula el cuento y el teatro *gongán* directamente con el cuento de fantasmas, una de las manifestaciones más primitivas de la narrativa de ficción china insertas en el *Zuozhuan* —una obra de historia escrita en el siglo III a.C.—, y que de ahí en adelante se desarrollan de manera cada vez más independiente hasta llegar a su apogeo en la dinastía Tang.

En China se creía que el ser humano poseía dos almas. Una, el *hun*, se desvanecía al morir la persona y la otra, el *po*, se quedaba cerca del cadáver y no descansaba hasta que éste no recibiera sepultura adecuada con los ritos fúnebres prescritos. Era esta última alma la que se encargaba de vengar a la víctima de una muerte violenta e injusta, y más tarde asistía al magistrado en la detección y enjuiciamiento del criminal. He aquí una de las tantas expresiones de la creencia china en el equilibrio fundamental entre los elementos del universo, que el ser humano alteraba por su cuenta y riesgo.

La intertextualidad es muy frecuente en la literatura *gongán*, la cual se nutre no sólo de los cuentos de fantasmas sino de otras fuentes históricas y literarias. Un célebre ejemplo involucra dos de las novelas tradicionales chinas más famosas: *Shuihuzhuan* y *Jin Ping Mei*.¹ Aunque no se ajusta a la definición más estricta del género *gongán* por ser otro personaje el que desenreda el crimen y no el magistrado, participa de

¹ *Shuihuzhuan*, Youguan chubanshe, Hong Kong, 1967; trad. de Sydney Shapiro, *Outlaws of the marsh*, Beijing, 1980.

nuchos de los elementos necesarios incluyendo una alcahueta, el adulterio, asesinatos, un fantasma, policías, magistrados corruptos y honestos, escenas de juzgado, juicios y sentencias. *Jin Ping Mei* toma a sus dos personajes principales de los mantes adúlteros Loto Dorado y Ximen Qing en los capítulos 22 a 27 de la versión de 100 capítulos de *Shuihuzhuan*. Loto Dorado y su amante acaban matando al esposo de quélla con la ayuda de una celestina, la vieja Wang. En el *huihu*, Wu Song el forzado hermano del victimado, asesina los adúlteros en el capítulo 26, después de que el alma de su hermano le revela el crimen. En *Jin Ping Mei*, su venganza no se cumple hasta el capítulo 87 después de un destierro inferno, que deja lugar a que se desarrolle esta larga y explícitamente erótica novela. Muchas escenas y diálogos de la primera aparecen íntegras en la segunda.

La obra de teatro *Injusticia a Dou E*, además de reelaborar un texto de Han y un cuento de la época de las Seis dinastías, cita el texto de Han directamente. La biografía de Yu Dingguo que aparece en el *Hanshu*,² una de las historias de la dinastía Han (202 a.C.- 220 d.C.), escrita en el siglo I C., incluye un cuento *gongán* sumamente corto que fue reelaborado, agregándole diálogo, durante el siglo IV como cuento de fantasmas en el *Soushenji*³ de Gan Bao. Sufrió otra elaboración en el siglo XIV que lo convirtió durante la dinastía Yuan en el drama *gongán. Dou E yuan* de Guan Hanqing (?1240-1320?). En las versiones del *Hanshu* y del *Soushenji* Dou E, al ser injustamente inculpada de la muerte de su cónyuge y condenada a la decapitación por un magistrado inepto e inhumano, jura que como prueba de su inocencia su sangre se elevará treinta metros del suelo para salpicar los banderines del campo de ejecución y que después el distrito sufrirá tres años de sequía. Tres años después, un nuevo magistrado abre el caso aconsejado por Yu Gong, padre de Yu Dingguo, esclarece las circunstancias y logra el descanso del alma de la muerta mediante los ritos adecuados. En la obra de teatro es

² Ban Gu, *Hanshu*, zhuan 71, Zhonghua shuju, Beijing, 1962. Trad. H.H. Tsang, *The history of the former Han Dynasty by Pan Ku*, Baltimore, 1955.

³ Gan Bao, *Soushenji*, Beijing, 1979; trad. K.S.Y. Kao (comp.), *Classical Chinese tales of the supernatural and fantastic*, Indiana, Bloomington, 1985.

el padre de Dou E, quien la había abandonado en la infancia, el que regresa al distrito tres años después en calidad de intendente. Repetidas veces, el fantasma de Dou E coloca el expediente de su caso encima de todos los demás documentos que su padre tiene obligación de revisar. Éste por fin se fija en el legajo y lo estudia. Reabre el caso, identifica, condena y ejecuta al asesino, castiga a los demás involucrados, exonera a la difunta y mediante el cumplimiento de los ritos fúnebres prescritos logra el descanso del alma de su hija y el fin de la sequía.

El juez más famoso en la literatura *gongán* es, sin duda, Bao Zheng (999-1062), mejor conocido como Bao Gong, ilustre funcionario histórico de la dinastía Song. Aunque no fue el primer juez del género *gongán*, ni el único, fue tan fuerte su personalidad y tan rica la tradición que surgió alrededor de su nombre, que hay más obras dedicadas a él que a ningún otro juez detective. Esto se debe en parte a que cierto número de cuentos que inicialmente trataban de otros jueces fueron reeditados, sustituyendo el nombre y la personalidad de Bao Gong por los del juez original. La admiración del pueblo chino por Bao Gong está bien fundamentada. Era sumamente capaz e inteligente, profundamente humanitario, ferozmente honesto y ejemplar en su conducta y, lo que más ha encariñado con él desde hace mil años a los lectores chinos, es que era tan valiente que se enfrentaba no sólo a los ricos y pudientes, sino a los miembros de la familia imperial y al emperador Ren Zong (reinó en, 1023-1056) mismo. En pocas palabras, Bao Gong es el parangón del juez detective en la literatura *gongán* y objeto no sólo de obras de teatro y óperas de Pekín, sino de una colección de cien cuentos intitulada *Bao Longtu Baijia Gongán*⁴ (Los cien casos del Juez Bao), que se asemejan mucho a un ciclo, ya que lo siguen desde lo que supuestamente fue su primer caso hasta el fin de su carrera. Esta colección fue reeditada múltiples veces a principios del siglo XVII, pero relativamente pocos de los cien cuentos han sido traducidos hasta ahora a lenguas occidentales.

⁴ *Bao Longtu Baijia Gongán* o *Pao gongán*, varias ediciones, trans. en Ma y Lau, *Traditional Chinese stories*, Columbia, Nueva York, 1978; H.C. Chang, *Chinese Literature, popular fiction and drama*, Columbia, Nueva York, 1973.